

A las mujeres y hombres de inquebrantables principios,  
quienes inexplicablemente no han perdido la esperanza  
y siguen luchando honestamente por construir una  
sociedad más justa.



## I. SILENCIOSO RUIDO

«Déjame llorar un rato a solas.

Pero solo había frío

en el callejón de los cuchillos».

*De pocas virtudes, Miyó Vestrini*

En los rincones vacíos de un hogar ya desmantelado, se revelan los achaques y recuerdos de toda una vida familiar, obstinados en un afán fantasmal de permanencia. La silueta rectilínea donde habitaron los cuadros, las esquinas desconchadas por los juegos infantiles, las apasionadas huellas donde dormía el cabezera de una cama en la que se engendraron los hijos...

Hay espacios cotidianos que parecen irreales y provocan percepciones contradictorias, situaciones ordinarias que suenan a la quietud de los restos de un naufragio, piedras que caen en el agua sin formar ondas y se presentan con una especie de normalidad intranquila en la que se intuye el paso despiadado del sufrimiento con la certeza absoluta de que los breves momentos de calma son solamente interrupciones que predicen la próxima tormenta.

Observando con ojos apropiados, se detecta la humedad de llantos acumulados bajo la ventana de la cocina, unos puntos suspensivos de angustia que pueden rastrearse paso a paso hasta el punto final de los posos de sangre oxidada que emborronan la alfombra del salón...

Entonces llegan los visitantes con sus cintas amarillas, sus

placas en el pecho y sus extraños artilugios, y lo que fuera un hogar se transforma en la escena de un crimen.

Como en la tele, pero no es la tele.

Las bolsitas plásticas de la policía científica no sirven para recoger muestras del particular olor a historia humana que flota en el ambiente, ni su pericia profesional es capaz de raspar los últimos gritos de terror incrustados en la pintura de las paredes. Aun así, el relato de los rastros y las ausencias resulta suficientemente elocuente para intuir algunas respuestas a la multitud de dudas silenciosas que se acumulan en la cabeza de la inspectora Alicia Acosta.

Otro relato de miedo a un monstruo maltratador, otro final previsiblemente desordenado. ¿Por qué ejecutaste su muerte antes de suicidarte, hijo de puta? ¿Por qué no al revés?

De nuevo, las mismas preguntas sobre el macabro orden de los factores.

De nuevo, las mismas conclusiones.

A diferencia de los guiones de las series de televisión, la causa de un homicidio en la vida real casi siempre corresponde a la predicción de las malditas estadísticas. Poco misterio. En cada escena de un crimen machista solo difieren los muebles, se repiten los personajes: un homínido drogado de testosterona y afeerrado a un arcaico sentido de propiedad, una víctima derrotada en las profundidades de una vida amañada de antemano, unos huérfanos a la intemperie del temblor de los truenos esperando aterrados la inevitable llegada del relámpago.

Cuando esto ocurre en el país con una de las menores tasas de asesinatos de toda la Unión Europea, podría llegar a pensarse que la labor de investigación de la Unidad de Policía Judicial resulta una tarea poco excitante, casi protocolaria.

Pero no es así.

Al menos no es así para la inspectora Acosta.

La puerta del balcón continuaba abierta y una brisa de final de primavera entraba agitando las banderas blancas con encajes y devolviendo a la realidad a la inspectora desde la profundidad de sus reflexiones.

Al levantar la vista de su bloc, se encontró a sí misma en el espejo torcido que vigilaba el salón como un testigo mudo. En la imagen se podían distinguir las huellas de las últimas noches sin dormir y las sombras de vidrio empañado que produce la tristeza en un rostro aún joven.

Cuarenta y cuatro años, decía su carné de identidad, que habitualmente parecían cinco menos pero que en estos días aparentaban cinco más. Había perdido algo de peso y se le habían afilado aún más las facciones ya delgadas. Incluso creyó detectar una cana brillante en su peinado pardo de cola de caballo... «Eso se cura con un tazón de arroz con leche o unas *casadielles*», le habría dicho su madre. Remedios de homeopatía asturiana.

Se dio la vuelta para apartarse de su propio reflejo e hizo una seña para convocar al equipo. Tocaba rematar las notas preliminares y repartir las tareas rutinarias para completar el informe.

—Fortuny, por favor, encárgate tú de entrevistar a los vecinos de esta planta. A ver si te dicen quién es el cotilla oficial del edificio.

—He estado hablando con la anciana que vive en la puerta B, jefa. Dice que le despertaron unos gritos de pelea alrededor de las seis de la mañana. Es la hora que calculamos que este tarado llegó al domicilio. Al parecer ya estaba acostumbrada al jaleo cuando el marido regresaba de borrachera. No le sorprendió. Pero diez o quince minutos después de cesar las voces oyó un... «alarido desgarrado», ha dicho literalmente, y luego un estruendo. Imagino que se trataba del momento en que se echó a volar desde el balcón.

—¿Te ha dicho desde cuándo eran habituales los episodios de malos tratos?

—Es bastante esquiva con los detalles, pero me ha dado la impresión de que lo que ocurría aquí era un secreto a voces desde hace tiempo. Dice que hace unos días hubo una bronca monumental y que el marido salió del piso con una maleta y vociferando. Al parecer, la mujer se había armado de valor para echarle de casa. Quizá por ese motivo estaban empaquetando sus cosas —dijo señalando unas cajas con ropa apiladas junto al sofá—, para irse de aquí y poner tierra de por medio antes de que a ese tipejo le diera por volver.

—Al parecer, la pobre no tuvo tiempo —pronunció Acosta—. ¿Fue la anciana la que llamó al 091?

—No. Me ha explicado entre balbuceos que se había olvidado de cargar el teléfono y que lo tenía sin batería, pero me pareció una excusa. Creo que le avergonzaba admitir que ella y el resto de los vecinos sabían lo que se sufría entre estas paredes sin hacer nada. Ya sabes, la mala costumbre de no meterse en lo que ocurre en la casa de los demás.

—La historia de siempre, me temo. Dale un toque a la centralita antes de seguir con las entrevistas, a ver si te dicen quién les llamó y empiezas por ahí.

—OK, chef.

—Madrazo —llamó al otro subinspector que se encontraba tomando notas en el balcón—, ¿tenemos noticias del levantamiento?

—Han llamado de los juzgados de El Prado hace un momento para confirmar que está de camino con el forense y la secretaria judicial. Cuando se les dio el aviso, estaba de guardia su señoría Susana Moldes, la del número 3.

—Han pasado casi dos horas.

—Apuesto a que le habrá parecido que el caso queda resuelto con el suicidio de ese cabrón. Qué quieres que te diga... Supongo que llegarán en cualquier momento.

—Ya. Vale, no te preocupes —confirmó con fastidio en la voz mientras consultaba el reloj—. Siendo así, me vuelvo a la jefatura. Quédate tú a esperarles y me envías las declaraciones en cuanto las tengamos para agilizar el atestado.

—De acuerdo, jefa, y... otra cosa —dijo acercándose para hablar casi en un susurro—. ¿Cómo estás de lo tuyo? Ya sabes que si te hace falta hablar... No sé, cualquier cosa que...

—Te lo agradezco, Mario, pero estoy bien. Supongo que estas cosas necesitan su tiempo.

Sus propias palabras le parecieron huecas y sin sentido, un eco lejano con vocación analgésica. Se dio cuenta de que nublones negros se aproximaban a sus ojos por el horizonte y salió del piso sin apenas despedirse. No tenía ánimos para echarse a llorar delante de propios y extraños.

\* \* \*

El pequeño Yaris de Acosta abandonó la tranquilidad del barrio de Pino Montano para sumergirse en la espesura del tráfico matutino de las rondas de circunvalación de Sevilla. Hervían ya las calles, listo el escenario de prisas y quehaceres cotidianos.

Hasta los más novatos de la Unidad conocían la aversión a conducir de la inspectora, pero, en algunas pocas ocasiones, el estrés del volante le producía el efecto paliativo de apartarla de golpe de otras preocupaciones.

El caos de la Ronda Urbana Norte desembocó en la avenida de Torneo a la altura del puente del Alamillo. «Al menos, casi todo el trayecto sería recto y sencillo», se dijo para darse ánimos, bordeando la orilla izquierda del Guadalquivir hasta las inmediaciones de la Torre del Oro. Cualquier conductor experimentado habría cruzado por el puente de Triana, callejeando hasta llegar a la Jefatura Superior en la avenida de Blas Infante a través de López de Gomara, pero ella prefería entrar por el

pueblo de San Telmo y enfilarse en línea recta la avenida República Argentina desde la plaza de Cuba.

Al fin y al cabo, ambas rutas significaban más de una hora de camino a aquellas horas de la mañana para recorrer un trecho de apenas ocho kilómetros.

Las calles de la capital andaluza y las poblaciones de la provincia se habían convertido en su escenario cotidiano desde hacía ya seis años, pero después de tanto tiempo no daba la impresión de que las fuera a sentir como un hogar.

Por el contrario y sin pretenderlo, relacionaba el callejero con los casos que le había tocado dirigir en ese tiempo: la avenida Eduardo Dato le traía a la memoria el parricidio por objeto contundente ocurrido apenas una semana después de instalarse en la ciudad, la Puerta Osario siempre le recordaba el atraco con resultado mortal a un matrimonio de comerciantes chinos en 2015, el acomodado barrio de Bami —a apenas 200 metros del campo del Betis— significaba un crimen machista por arma de fuego en el verano de 2018..., y luego estaba aquella exagerada oleada de principios de año en la que en apenas diez días se había producido un crimen racista en un callejón del Cerro del Águila, tres ejecuciones relacionadas con el narcotráfico en un piso de Santa Aurelia y el descubrimiento de otros tres cadáveres de delincuentes habituales enterrados en los Jardines del Guadalquivir.

Pasaban de las 9:30 cuando se aproximaba a su destino y supuso que a esas horas su plaza interna de aparcamiento ya estaría ocupada por otro compañero. Era algo habitual, ya que, salvo en ocasiones inevitables como las de este día, solía acudir al trabajo en bicicleta o en transporte público.

Todos saben lo mucho que la inspectora Acosta odia conducir.

Continuó un poco más adelante hacia la explanada de *parking* junto a la parada de metro. El viejo Grugol reconoció el coche al instante y le hizo señas hacia el hueco libre bajo la



sombra de un magnolio. Todo un detalle, puesto que en pocas horas el insolente sol sevillano sería demasiado intenso para una asturiana.

Aquel enorme oso de recio cabello cuartelario y barba ártica era, junto con su compañero Nikoloz, el gorrilla «oficial» de la zona. Ambos de nacionalidad georgiana, del corazón del anti-guo reino caucásico de Iberia.

—Buen día, señora inspectora —saludó con la mano sobre la frente a la manera militar.

—Buenos días, Capitán —respondió entregándole una moneda—. ¿Todo bien por aquí?

—Sin novedad, inspectora. Cuando mi guardia no acercan los *ratieros*.

Acosta sonrió al reconocer en su gesto los resquicios naturales de un profundo sentimiento del deber.

Era un tipo tranquilo y diligente. En diversas ocasiones habían compartido un té con ajedrez en la cafetería situada frente al *parking* y la inspectora pudo escuchar con atención de nieta algunos retazos de la historia de Grugol Mestekhi.

El capitán llevaba casi una década de estancia irregular en España, aunque nunca había tramitado el estatus de refugiado que podría corresponderle si lo hubiese solicitado. Había marchado de su tierra en 1992 para no participar en los conflictos que durante los años posteriores a la declaración de independencia de la Unión Soviética arrastraron a su país a un golpe de Estado, a años de cruenta guerra civil y a las posteriores limpiezas étnicas en las provincias separatistas de Abjasia y Osetia del Sur.

Grugol había sido miembro del ejército toda su vida adulta. Una adultez que comenzó con solo dieciséis años, pero ni la estricta instrucción soviética en su juventud ni las profundas convicciones patrióticas de su madurez podían empujarle a las disputas del odio y a los demasiado habituales actos de crueldad.

No era aquello lo que había mamado en su infancia en Mtskheta, no era aquello lo que daba valor a sus medallas.

La inspectora aún recordaba la tarde en que el capitán le había explicado sus lesiones del alma recitando en perfecto español aquellos versos de Jorge Drexler:

Yo soy polvo de tu viento  
y aunque sangro de tu herida,  
y cada piedra querida  
guarda mi amor más profundo,  
no hay una piedra en el mundo  
que valga lo que una vida.

Un veterano militar que era capaz de conjugar el amor a su patria con negarse a tomar parte en la vulneración de la dignidad humana del teórico enemigo era alguien a quien merecía la pena escuchar.

Con la decisión de abandonar su país, el capitán Grugol Mestkhi cambió sus galones por una dura vida de expatriado en diversos países de Oriente Próximo y Europa Central, hasta que las invisibles mareas del destino le hicieron embarrancar en el delta del río íbero —el de la otra Iberia—. Desde allí, meandros y afluentes que no aparecen en los mapas le desembocaron en el Guadalquivir.

—¿Cómo se encuentra, inspectora? La miro cansada.

—No es nada, amigo Grugol, solo la vida.

—Ah, la vida... Esa enfermedad. Quizá es carga más ligera si encuentras marido bueno.

—¿Es eso una proposición? —sonrió.

—No burles de este viejo, inspectora, no conviene un georgiano triste. Pero seguro estoy alguien como usted has tener muchos admiradores. Tan fácil como elegir bien.

—Ahí te confundes, Capitán; esa es quizá la elección más complicada.

Alicia Acosta todavía sonreía cuando cruzaba la calle para entrar en la comisaría. Falta le hacía.